

eual luciente cristal, su brillo aumenta.

Todo vuelve á su ser y fortaleza:  
cantan las avecillas, y animada  
la reina flor recobra su belleza.

La campesina jente alborozada  
torna á surcar del campo la dureza,  
y yo á implorar, Aleda, una mirada.



### LAMENTOS

DE

#### UN AMANTE DESPECHADO.

¡Oh astro hermoso, oh espléndida lumbrera,  
que de la noche el lóbrego, ancho velo  
rasgas propicia, iluminando el Cielo,  
la tierra, y hondo mar!  
¡A dó caminas rápida, alba diosa?  
Detente á oír de un mísero la pena,  
que otra mas triste nunca, y lastimosa  
pudieras escuchar.

Detente, oh diosa cándida, á mi ruego,  
y de mi canto fúnebre te apiada,  
que no ha logrado de mi dulce amada  
ablandar el rigor.

De mi cuita los árboles se duelen;  
á mis ayes el céfiro responde:  
hasta las duras rocas se conduelen  
de mi cruel dolor.

De este arroyuelo límpido á la orilla,  
hermosa luna, mírame rendido...  
Aquí me encuentra el sol cuando encendido  
torna el orbe á alumbrar.

Vuelve la noche lóbrega, se aleja,  
y aquí la aurora fúljida me halla:

todos se compadecen de mi queja;  
todos de mi pesar.

Solo mi amada muéstrase insensible;  
y esquiva sonriéndose á mi llanto,  
hace que mas se aumente mi quebranto,  
que vé sin compasion.

¡Cuántas veces, ay mísero, en la vega,  
á sus plantas postrándome abatido,  
con voz mas triste que quien triste ruega  
la dije mi pasion!

¡Cuántas veces mi cítara amorosa  
con espresivo cántico loára  
de aquesa ingrata la hermosura rara,  
que no conoce igual!  
Pero ¡ay! que en vano ¡oh pérfida! la adoro;  
en vano, que esquivándome, no atiende  
á mis sentidas quejas, ni á mi lloro,  
consuelo á tanto mal. . . .

Mas ya tu rayo fúljido, Lucina,  
tal vez de mí doliéndote, retiras:  
corre, vuela ácia aquel por quien suspiras,  
que yo fenezco aquí.  
Llega, luna amantísima, á su lado;  
vuela á gozar sus plácidos amores:  
mas cuando estés con tu Endimion amado,  
acuérdate de mí.



### DIALOGO

#### ENTRE EL AMOR Y UN AMANTE.

##### SONETO.

—¿Qué pretendes de mí, falso Cupido?  
¿Quieres verme morir desesperado?  
—Quiero que jimas á los piés postrado  
de la hermosa que nunca te ha querido.

—¡Y siempre, Amor cruel, aborrecido  
de la ingrata seré!—No soy culpado.  
—¡Pues quién?—Tú mismo.—¡Yo? ¡Desventurado!  
—¡Desventurado? ¡Bah! Nunca lo has sido.  
—¡Y puede acaso haber mayor tormento  
que amar á una belleza despiadada?  
—Siempre la que es hermosa será esquivada.  
—¡Eh! No te acuites mas, ten sufrimiento,  
que tu constancia al fin será premiada.  
—¡Sí! pues amarla juro mientras viva.



### EL TRIUNFO.

Mi amor, mi delicia, mi sumo consuelo,  
tú calmas mi duelo, tú me haces dichoso:  
tu labio amoroso ya al fin me dijera:—

„Yo te amo sincera.”—

¡Bien hayas mil veces, Aleda adorada!  
Mi pena trocada ya en júbilo miro:  
ya libre respiro: ya puedo confiado  
llegar á tu lado.

No tímido amante seré en tu presencia;  
ni triste en ausencia tendré desconfianza;  
ni ya mi esperanza soñaré perdida,  
pues me amas rendida.

Enlacen desde ahora mi cuello tus brazos:  
aquestos los lazos que nos unan sean.  
Por siempre nos vean felices y amados  
los Cielos sagrados.

Y cuando la muerte con hórrida saña  
su fiera guadaña descargue severa,  
á la par nos hiera, y así como estamos  
dichosos muramos.



### LOS RECUERDOS.

¡Dónde, noche venturosa,  
pues te busco y no te veo,  
te has partido?

¡Cómo huiste presurosa,  
oh noche, en que mi deseo  
ví cumplido!

¡Oh cuán rápidas las horas  
de tu plácido reinado  
fueron idas!

¡Dó están las halagadoras  
delicias que en tí he gozado  
tan queridas?

Fenecieron ¡ay! y de ellas  
solo queda muy reciente  
la memoria:

ahora en pos mil querellas  
lanza el pecho, pues no siente  
tanta gloria.

¡Dulces recuerdos, que el alma,  
si alegraron, entristecen,  
ya estinguidos!

¡dó está la inefable calma?  
¡dó los gustos que adormecen  
los sentidos?

¡Cuánto es, ay Dios, pasajera  
de este mundo la ventura,  
y alegría!

Como el alba placentera  
fué mi dicha, que no dura  
todo el día.

En tanto que de mi amada  
gocé esquisitos favores  
á su lado,

fué mi ventura estremada. . . .  
¡Oh de fieles amadores  
breve estado!

Por dos horas de ufanía,  
por dos horas de contento,  
ya pasadas,  
¡cuánto sufre el alma mía!  
¡Cuántas lágrimas sin cuento  
derramadas! . . . .

Cuando sus labios de rosa  
en mis labios estamparon  
dulce beso,  
¡oh qué suerte tan dichosa!  
¡Qué deliquios me asaltaron!  
¡Qué embeleso!

Y de todo ya ¡qué queda?  
¡Ay desgracia! Solamente  
la memoria.

¡Venturoso del que pueda  
disfrutar eternamente  
tanta gloria!—

Adios, venturas lloradas,  
adios, dichas pasajeras,  
que lamento.

¡Cuándo sereis perpetuadas,  
como fuísteis verdaderas  
un momento? . . . .

Pronto será, si la hermosa,  
á quien adoro constante  
no me olvida.

Vuelve, oh noche venturosa,  
y en los brazos de mi amante  
dame vida.



## EL REGRESO.

### SONETO.

Después de larga ausencia, Aleda mía,  
y después que afligido palpitaba  
mi corazón, y triste lamentaba

mi fortuna, que verte me impedia;

Después que suspirando en la agonía  
el deseo en mi mente revolaba  
de verte, que anhelante se fijaba  
á do se imaginára que te vía;

Torno á mirarte, hechizo idolatrado,  
y revive mi gozo moribundo  
al contemplar tu faz encantadora.

Pues no hay mayor delicia en este mundo  
cual la de ver en tiempo no esperado  
al sumo bien que el corazón adora.



## MESALINA,

### EN LA AUSENCIA DE SU AMANTE.

Orillas de esta fuente cristalina,  
visitadas un tiempo con mi amado,  
sustento dad al cuerpo malhadado  
de la desventurada Mesalina.

El jilguerillo dulcemente trina;  
el prado triste  
de flor se viste:  
brota la rosa  
bella, olorosa.

Todo el suelo engalana primavera.

¡Partió mi amado! ¡Quién me lo dijera!

Agua corriente y pura, que serena,  
leve y grato murmurio vas haciendo,  
recoje este mi llanto, que vertiendo  
estoy ¡ay sin ventura! con gran pena.

Ya mi dicha cesó: de angustia llena  
solo quebrantos,  
amargos llantos,  
ansias, tormentos,  
son mis contentos.

¡Ay Virgen! consentid que cedo muera.

¡Fuese mi dueño? ¡Quién me lo dijera!

Sol hermoso, que rápido declinas,  
si ves á mi llorado compañero,  
dile. . . . ¡qué le dirás? . . . . Dile que muero  
orilla de estas aguas cristalinas.

Aquí lirios me diera y clavellinas;  
y otras mañanas  
rosas lozanas,  
con varias flores  
de mil colores.

¡Ay si verle otra vez yo consiguiera!  
¡Dejóme sola? ¡Quién me lo dijera!

Mas. . . ¡ay recuerdo aciago! . . . Pino hojoso,  
tú que sombra prestástele propicio  
cuando aquí de pastor tuvo el oficio,  
¡estás, dí, por su ausencia pesaroso?  
¡No estrañas ¡ay! su canto melodioso?

Como el del ave  
era suave,  
y su armonía  
daba alegría.

¡Oh si á escucharle aquí feliz volviera!  
¡Partióse ingrato? ¡Quién me lo dijera!



### LA COQUETA.

Feliz se llama Alcino  
porque Amariles le ama,  
y el incauto no sabe  
que es embustera y falsa.  
Constante amor le jura,  
y aun le besa y abraza;  
mas despues con Aminta  
dulces coloquios pasa.  
Con todos es amable,  
con todos trisca y danza,  
con todos. . . y conmigo

jamás se muestra ingrata.  
Y en tanto que por ella  
el triste Alcino clama;  
Alexi y Tirso lloran,  
y Cloridon se abrasa;  
conmigo canta y rie,  
conmigo alegre baila,  
y . . . las horas pasamos  
en deleitosa calma.



### LA CONSTANCIA.

En la primavera hermosa  
de mis florecientes años  
exenta viví de engaños  
en paz santa y delicosa.  
No sufría  
del ciego amor la agonía,  
ni los iracundos zelos  
me hicieron sentir los duelos  
que hoy conturban mi alegría.

Mas ¡ay triste!  
que no bien, Amor, me heriste  
perdí la paz adorada;  
y amante por siempre odiada  
desde entonces me aflijiste.  
Ví los ojos,  
causa de tantos enojos,  
del insensible Fileno;  
bebí de Amor el veneno,  
y el alma le dí en despojos.

Ya no soy  
la que antes era, ni voy  
dó mis amigas están,  
ni ya me place en mi afan  
que se alleguen donde estoy.

Lamentando  
paso la vida, y llorando  
el desdén del amante  
á quien adoro constante,  
por mas que me esté esquivando.

Por él vivo;  
por él este fuego activo,  
que me devora, se enciende;  
y aunque mi vista le ofende,  
por la suya me desvivo.  
Desdichada  
seré siempre, y nunca amada  
de un monstruo en figura de hombre;  
pero sin cesar su nombre  
bendeciré enajenada.

¡Oh querida  
muerte, de otros tan temida!  
corta el mal que me atormenta,  
y publíquese mi afrenta  
pues adoro aborrecida.  
Muera luego  
devorada por el fuego  
de un amor sin recompensa:  
acábese ya la ofensa  
que sufro en desasosiego.

Moriré,  
pero la causa seré  
de compasión en el mundo;  
será mi amor sin segundo,  
pues en la tumba amaré.  
Fuí constante  
cuanto infortunada amante....  
Ileso existe mi honor;....  
víctima soy del amor;....  
víctima de un inconstante.

Jovencillas,  
tiernas, incautas, sencillas,  
tomad ejemplo en mi mal....  
Adios.... Veneno letal

palidece mis mejillas....  
Mi recato,  
de mi virtud fiel retrato,  
al sepulcro me acompaña....  
¡Muero! mi vista se empaña....  
Adios,.... mi Fileno.... ingrato.



## EN UN ALBUM.

Para vuestro *album*, señora,  
versos me pedís, y á fé  
que lo que escriba no sé,  
si no es que el alma os adora;  
porque sois tan seductora,  
tan digna de ser amada,  
que... vamos... no he dicho nada...  
Fué, marquesa, una ilusión;  
pero valga la intención,  
pues fuera haceros agravio  
que desmintiese mi labio  
lo que dictó... el corazón.



## LA MONJA.

¡Oh noche, que juntaste  
amado con amada,  
amada en el amado transformada!  
S. JUAN DE LA CRUZ.

Si alguna vez inspiración divina  
dictó al poeta religioso canto,  
suene mi triste voz, y en mi quebranto  
enlútese la esfera diamantina.  
Y allí donde domina  
el Supremo Hacedor del universo  
resuene mi querrela,  
resuene al par mi lamentable verso,

publicando el dolor que mi alma sella.

Feliz un tiempo cuando á Dios le plugo,  
en mi patria gocé la dulce calma  
de la inocencia anjélica. Mi alma  
libre aun estaba del pesado yugo,  
del alado verdugo,  
del invencible amor, cuando improviso  
una doncella, hermosa  
como la hermosa flor del Paraíso,  
se aparece en mi patria venturosa.

Venturosa por verla en su almo seno,  
por sustentarla en él. ¡Oh cuán lozana,  
su talle esbelto en juventud temprana  
la ví ostentar de perfecciones lleno!  
Entonces ¡ay! ajeno  
de paz mi corazón, sintió la llama,  
la llama abrasadora  
del ciego amor, por quien doliente clama  
el triste humano que sin premio adora.

La ví, . . . la idolatré. . . Pero ¡infelice!  
la suerte avara la robó á mis ojos;  
y sembrando en mi pecho mil enojos;—  
„Mortales, no esperéis,—adusta dice,—  
que mas tiempo os hechice  
esa beldad, ni el ánima os encienda  
en iracundos celos.

Desde hoy de vuestras tramas la defienda  
el Hijo del Gran Ser, Rey de los Cielos.

Y huyó por siempre. . . ¡Oh vírjen del martirio,  
jamás te olvidaré! En mi fantasía  
presente estás. . . Tu imájen. . . ¡suerte impia! . . .  
ver me parece en mi fatal delirio.

Cuando el remoto Sirio  
su luz ostenta al mundo tumultuoso,  
te miro por do quiera. . .

A tí me acerco, . . . y veo pesaroso  
que es ilusion lo que verdad creyera.—

¡Ay! cuando yo la ví, casta, donosa,  
halagar mi esperanza, ¡quién pensára

que tan jóven al mundo renunciara,  
para vivir en cárcel tenebrosa?  
De Cristo fiel esposa,  
ya solo piensa en la morada eterna,  
do goza inmortal vida  
aquel Señor, que todo lo gobierna,  
su amado Esposo, de quien es querida.

¡Aun lo recuerdo, mísero! Postrada  
ante sus aras, olvidando el mundo:—  
„tuya soy,—dijo con amor profundo,—  
tuya, Jehová, tu esposa idolatrada.  
De hoy mas en la morada  
tuya ¡oh mi Dios! habitaré contigo,  
muerta para la tierra;  
do impera la maldad, do el enemigo  
Luzbel enciende interminable guerra.”

„Reclinada en tu seno ¡oh dulce Esposo!  
contemplaré tu faz resplandeciente,  
y tu beldad Augusta; mi inocente  
pecho henchido de fuego relijioso.  
Y mi acento amoroso  
afable escucharás; y con agrado  
enjugará ¡oh Pio,  
oh Justo, inmortal Ser, reverenciado,  
las lágrimas que vierta el dolor mio!

“Las abundantes lágrimas que vierta  
cuando me acuerde ¡oh Dios! de mi querida  
madre, que hora en la tumba yace hundida,  
sorda á mi llanto, á mis caricias yerta.  
Entonces tú la cierta  
via me enseñarás que va á la gloria;  
y, dándome consuelo,  
mostrarásme la nunca transitoria,  
la morada eternal que está en el Cielo.”

“Y allí,—dirásme,—entre el inmenso coro  
de ángeles, con espíritu tranquilo,  
tu madre goza el perennal asilo,  
que con virtud se alcanza, no con oro.  
Y cesará mi lloro:

alegre yo te estrecharé en mis brazos;  
y, en pasmo reverente,  
diré:—*tu esposa soy*. . . De amor los lazos  
nos unirán, Señor, eternamente.”—

Dijo la vírjen. . . ¡Ay! . . . Con fe sencilla  
pronuncia el voto que la roba al suelo;  
y ofrece al Hacedor de tierra y Cielo  
su alma, que el torpe vicio no amancilla.

Mirad como se humilla  
ante las aras de su Esposo.—Fuera,  
fuera de aquí, profanos;  
huid del templo santo, que escojiera  
para oculta vivir de los tiranos.—

¡En vano la llamis! Cuando la muerte  
allá la encubre á la mansion del Justo,  
solo entonces saldrá del templo augusto,  
donde mortal en diosa se convierte.  
No aquella que pervierte  
á la inocencia incauta, voz infame  
de la molicie inmunda  
escuchará. . . ¡Oh virtud! Contra tí esclame  
la vil relajacion, que el orbe inunda.

Tuyo es el triunfo, sí. La vírjen santa,  
del vicio corruptor desde hoy exenta,  
aquí leda y tranquila, se alimenta,  
pensando en Dios, con la hostia sacrosanta.  
Imperturbable canta  
del Gran Jehová la incomprendible alteza,  
á las monjas unida.

Mortales, ¡aquí yace su belleza!  
¡Aquí enterrada, oh Cielos, vedla en vida!

Ella murió, murió para el bullicio  
del suelo corrompido, donde mora  
el dolo, y donde reina cual señora  
la traicion, adunada al torpe vicio.  
Lloradla. . . El sacrificio  
de consumarse acaba. . . ¡Ya no existe! . . .  
No existe para el mundo;  
tampoco para mí. . . tampoco ¡ay triste!

¡Y no fallezco en mi dolor profundo?  
¡Dónde está, dónde? . . . ¡La mirais, mortales? . . .  
¡Beldad encantadora! ¡dó te escondes?  
¡dó estás que á mis querellas no respondes?  
Ven á lucir tus gracias celestiales.—

De tocas funerales,  
y de mustio cipres la sien ceñida,  
anuncios ¡ay! de muerte,  
tus amigos te lloran ya perdida. . .  
¡Y yo que te idolatro he de perderte!

Estaba decretado. . . ¡Y tu hermosura  
entre esos claustros, cuya vista asombra,  
habrá de amortiguar la opaca sombra  
de la muerte inflexible. . . ¡Oh desventura!  
¡Cielos! ¡Quién de amargura  
al solo imaginarlo no se llena?—  
Llorad. . . Viertan mis ojos  
amargo llanto en abundante vena;  
y do flores la dí nazcan abrojos.—

Ya no descollarás entre las bellas  
como otro tiempo ¡oh vírjen! mas dichoso,  
cual la luna en el Cielo esplendoroso  
descuella entre las fúljidas estrellas.  
Tórnanse ya en querellas  
las tonadas de amor, que de consuno  
las jóvenes cantaron;  
siendo el hado á sus dichas oportuno,  
cuando contigo en su niñez jugaron.

Por tí lamentan todas. Yo, deshecho  
en lágrimas de amor, sin albedrío,  
lúgubres cantos á los aires fio,  
la frente ornada de agostado helecho.  
De lo interior del pecho  
lanzo un ay triste, que mi pena anuncia;  
y “adios,” continuamente,  
“adios, por siempre adios,” solo pronuncia,  
en mi dolor, mi labio balbuciente.



## EN UN ROMPIMIENTO.

## SONETO.

El Amor cautivó mi pensamiento;  
 el Amor de tu amor me dió esperanza;  
 el Amor me hizo tuyo sin tardanza,  
 y el Amor hoy me da fiero tormento.

El Amor me consume en fuego lento;  
 el Amor de tu fe me dió confianza;  
 el Amor á mis males dió templanza,  
 y el Amor á mis penas da sustento.

El Amor hasta aquí fuera mi guía;  
 el Amor á ser fino me ha enseñado;  
 y el Amor de tu amor ya no confía.

El Amor nunca quiso ser burlado:  
 el Amor te aborrece, Aleda impía,  
 pues mi amor de tu amor se ve esquivado.



## A LA AMISTAD.

Ya venturoso, ya, de amor exento,  
 con libertad respira el pecho mio:  
 sin humillarme á la belleza ingrata  
 que causó mi tormento.

No mas, no mas amor. Sin premio adoren  
 los que sus tramas evadir no sepan;  
 y el jesto esquivo, la inconstancia y dolo  
 de sus amadas lloren.

Que yo me burlo del rapaz vendado;  
 y de la hermosa que adoré, maldigo  
 el nombre y talle, y ademan airoso,  
 y el rostro celebrado.

Y solo á tí, Amistad, que en lazo eterno  
 las almas unes con afecto puro,  
 bendigo alegre: á tí desde hoy dedica  
 mi lira el canto tierno.

A tí, tranquilo en mi dolor profundo,  
 consagraré las horas de mi vida;  
 á tí mi fe constante, y á tí siempre  
 ensalzaré en el mundo.

## LAS EDADES.

Nacemos sin solaz y sin tormento;  
pasamos la niñez oscuramente,  
sin delicias, sin fe, sin pensamiento,  
sin virtud que el espíritu alimente.  
Si al influjo fatal de adversa estrella  
nos arrulló en la cuna la desgracia,  
ni espelerla intentamos con audacia,  
ni temblamos de horror al peso de ella.

El torrente de luz esplendorosa  
que, inmenso don del Cielo, hoy bendecimos,  
entonces de la noche tenebrosa,  
exentos de razon, no distinguimos.  
Ni el ósculo de amor, ni sus caricias  
anhelamos gozar inestinguibles,  
que, sin cariño entonces, insensibles  
fuimos á sus zozobras y delicias.

Ni en esa edad miramos, que los ojos,  
faltos de la comun intelijencia,  
confundieron la flor con los abrojos,  
y el crimen infernal con la inocencia.  
No halagaron dichas ilusiones  
al corazon, que puro palpitaba:  
ni el odio á su placer le alimentaba,  
ni le animaron gratas emociones.

La humana voz sonaba á nuestro oido  
cual rumor que entre sueños se advirtiera:  
ni nos pasmó del rayo el estallido,  
ni su orjén la mente concibiera.  
Nuestro ser era entonces caos profundo;  
débil árbol que el riego robustece;  
plantel feraz, que á la avaricia ofrece  
tierra y oro á la vez, asaz fecundo.

Cárcel de las pasiones poco á poco  
fuese formando el pecho; y en seguida  
fué de rencores y venganzas foco,  
y al bastardo egoismo dió acojida.

La luz de la razon radió improviso,  
y á su májico brillo despertamos,  
y á vivir en el mundo comenzamos,  
dejando á nuestra espalda un Paraíso.

Un delicioso Edem, cuya hermosura  
nos estasió al instante de perderla;  
un delicioso Edem, cuya ventura  
nuestra alma disfrutó sin conocerla.  
Que al recordar del inocente sueño  
que en lóbregas tinieblas nos tenia,  
nos deslumbró la luz del nuevo dia,  
nos usurpó nuestro feliz beleño.

Vimos con pasmo la creacion sublime  
del Rey de reyes, que en el Cielo impera;  
y el corazon, que atormentado jime,  
se abrió á la fe de relijion austera.  
Y en torno nuestro al despertar miramos  
á los hombres vagar y á las mujeres,  
desalados correr tras los placeres,  
que gozar desde entonces anhelamos.

Y vimos la faz al duelo,  
y al gozo vimos la faz,  
y oimos cantar al crimen,  
y á la virtud suspirar;  
y lloramos, y reimos,  
y lamentamos asaz,  
y volvimos á reir,  
y tornamos á llorar,  
que en esta vida de afanes  
siempre alternando estarán  
el llanto y la risa; y siempre  
uno de otra en pos irán.

Vimos al vicio execrable  
la frente orgulloso alzar,  
y á su lado á la mentira  
oimos gritar audaz:—  
"¡Victoria!"— y burlarse impune  
la vimos de la verdad.

Y vimos al potentado  
al infelice ultrajar,  
y al despotismo opresor  
destruir la libertad;  
y sublimarse, y su trono  
sobre ruinas cimentar,  
y con pesadas cadenas  
el pueblo á su carro atar.

Y vimos venderse al oro  
el honor, la castidad; . . .  
y con escándalo oímos  
maldecir y blasfemar;  
y nos hallamos envueltos  
en un torrente infernal  
de crímenes y discordias,  
cuyo embate pertinaz  
nos alzaba y sumerjía,  
y nos tornaba á encumbrar,  
y nos traía rodando  
siempre de acá para allá  
con impulso formidable,  
como las ondas del mar  
al bajel que vaga incierto  
del viento á la voluntad.  
Y voló la juventud,  
y las gracias y el solaz  
volaron tambien con ella  
para no volver jamas.

Y vino en pos la vejez,  
el temor vino á la par;  
y en seguida el desengaño  
se presentó sin disfraz,  
y súbito á nuestros ojos  
descorrió el velo fatal; . . .  
y apareció la justicia,  
y vimos á la verdad,  
y temblamos al oirla  
nuestras culpas relatar,  
escritas en el gran libro

donde impresa estaba ya  
nuestra infalible sentencia,  
que guarda la eternidad. . . .  
Y temblamos otra vez,  
y volvimos á temblar.  
Perdió el corazon el brio;  
huyó la risa falaz,  
y vino el remordimiento;  
y á jemir y á suspirar  
condenados, solo el llanto  
mitiga nuestro pesar,  
y sola ya la esperanza  
consuelo nos da eficaz.

Ya no oímos las frases seductoras  
con que nos estasiaba la hermosura,  
jurándonos amor á todas horas.

Ya tras sí no nos lleva la impostura,  
sus gracias elojando halagadoras,  
con que nuestra alma pura  
sedujo, y arrastró con desenfreno,  
forzándola á beber letal veneno.

Pero oímos la voz de la indijencia  
que entonces ¡ay! sin compasion hollamos:  
y lamentarse aún de la insolencia  
con que la escarnecimos, la escuchamos.  
Y hoy, que el alma nos roe la conciencia,  
su infortunio lloramos;  
y, execrando los vicios y falacia,  
lamentamos con ella su desgracia.

Como nubes que vagan por el viento  
y el huracan deshace, así pasaron  
nuestro afan, nuestras dichas, y el contento  
que el corazon al fin debilitaron.  
Y seco, y sin vigor, solo tormento  
en cambio le dejaron,  
y lágrimas dejaron á los ojos,  
de tan sumo solaz tristes despojos.

Porque tuvimos amores,  
oro, y orgullo á la vez;  
y aspiramos los olores  
de mil matizadas flores,  
que ajamos con altivez.

Y gozamos, y sedientos  
de placeres y riquezas,  
nos finjimos opulentos;  
y, burlando á las bellezas,  
las dimos, por paz, tormentos.

Y fama y gloria mentimos;  
nos sirvieron, y servimos:  
al poderoso adulamos;  
y engañamos y vendimos  
á los que amigos llamamos.

El interés nos juró  
indisoluble amistad,  
y tambien nos engañó,  
esclamando en su impiedad:—  
”¡Sucumbid: antes soy yo!”—

Ambicionamos laureles,  
y en ridícula comparsa,  
ya de amos, ya de donceles,  
hicimos varios papeles,  
de la corte en la gran farsa.

Y cuando el título oimos  
de “padre” nos deleitamos;  
y á los hijos que tuvimos  
tan pésimo ejemplo dimos,  
que á ser malos obligamos. . . .

Entre sombras á lo lejos  
vemos ya el mundo; y llorosos  
recordamos los consejos,  
que nos dieron sabios viejos,  
y esquivamos orgullosos.

Sueño nuestra juventud,  
sueño nuestra vida fué;  
y hoy que espiramos, al pié  
postrados del ataud:—

”velad”— nos grita la fe.

Y velamos; y los ojos,  
secos de tanto llorar,  
no cesan de contemplar  
nuestros míseros despojos  
que va la tumba á tragar.

Mil fantasmas en reedor  
de nosotros vagar vemos  
que nos llenan de pavor;  
y á su aspecto aterrador  
temblamos, desfallecemos. . . .

Y á padecer condenados,  
ni hablar nos place ya oír  
de nuestros triunfos pasados:  
caducos ya y estenuados,  
solo nos resta morir.



## PELAYO.

### SONETO.

Armado de valor, brillante acero  
desnudo en la potente airada diestra,  
el gran Pelayo intrépido se muestra,  
entre pocos valientes, el primero.

Ardiendo en ira santa contra el fiero  
Munuza, á cuya vista horror demuestra,  
corto número de ínclitos adiestra,  
y á batallar convócale altanero.

Rompe, deshace, rinde entre la armada  
chusma vil, que oponerse en vano mira  
de su invencible espada al golpe fuerte.

Huye la turba infiel amedrentada;  
de Pelayo á los piés Munuza espira,  
y la Iberia se salva con su muerte.

